

LA ENSEÑANZA BÍBLICA DE LA *DEUS CARITAS EST*

[THE BIBLICAL TEACHING IN *DEUS CARITAS EST*]

GONZALO ARANDA

Resumen: La Encíclica sigue en líneas fundamentales el orden de los libros de la Biblia. Esto le proporciona un entramado similar en cierto modo al del canon bíblico. Del empleo que el Papa hace de los diversos libros bíblicos se deduce la originalidad y la aportación de cada uno de ellos en la comprensión del amor, teniendo como foco iluminador la Primera Carta de San Juan, y como punto culminante la contemplación del Corazón traspasado de Cristo según lo narra el Evangelio de San Juan. El amor de Dios y el amor a Dios y al prójimo es el hilo que da unidad a toda la Escritura. Ésta es testimonio de la historia de ese amor y lo suscita también en el hombre de hoy.

Palabras clave: Deus caritas est, Sagrada Escritura, San Juan.

Abstract: The encyclical follows the order of the books of the Bible, which gives it a similarity to the Biblical canon. The use which the Pope makes of various books of the Bible brings out the originality and contribution of each one of them to the understanding of love, in the light of the first epistle of St John. The culminating point is the contemplation of the pierced heart of Christ according to the narrative of the gospel of St John. The love of God and the love of our neighbours is the thread that gives unity to Scripture. The gospel is a testimony to the history of this love, and it still inspires this love in people today.

Keywords: Deus caritas est, Sacred Scripture, St John.

Al finalizar la lectura de la primera Encíclica de Benedicto XVI, el lector tiene la impresión de que el Papa ha penetrado en lo más profundo del texto bíblico, y lo ha ido mostrando a través de una serie de alusiones a libros de la Escritura y a citas de textos concretos, con reflexiones realizadas siempre al hilo del tema del amor. Ese «corazón» de las Sagradas Escrituras viene expuesto en el mismo título tomado de 1 Jn 4,16: «*Deus caritas est*», y refleja la inten-

ción papal: «*el tema de esta Encíclica se concentra en la cuestión de la comprensión y la praxis del amor en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia*» (n. 2).

En estas páginas queremos mostrar la incidencia que la S. E. tiene en la Encíclica y fijarnos en la manera en la que el Papa emplea la Biblia; manera que refleja al mismo tiempo cuál es el sentido que descubre en los diversos textos, y desde qué presupuestos hermenéuticos lo lleva a cabo. Para ello, conviene ver primero, aunque de forma rápida, cuál es el entramado bíblico que presenta; seguidamente analizar la significación que el Papa descubre en los textos citados y la relevancia que les da al actualizarlos para el hombre de hoy y su cultura; finalmente conviene detenerse en algunos puntos que muestran la precomprensión con la que el Papa accede a la Biblia. Las profundas reflexiones que el antes cardenal Ratzinger había expresado acerca de la exégesis bíblica y de la relación entre Biblia y Teología¹, quedan plasmadas ciertamente en la presente Encíclica, si bien ahora en el ámbito de la relación entre la Biblia y el discurso pastoral al que pertenece la Encíclica.

1. EL ENTRAMADO BÍBLICO

Lo que da la trama bíblica al conjunto de la Carta podría verse expresado en el título de la primera parte: «*La unidad del amor en la Creación y en la Historia de la Salvación*». «Creación» e «Historia de la Salvación» son, en efecto, los dos conceptos en torno a los que se centra toda la acción de Dios narrada en la Biblia. Esta formulación implica una connotación importante: que la Creación y la Historia de la Salvación, siendo dos dimensiones distintas de la acción de Dios en el tiempo, forman una unidad inseparable ya que tienen el mismo origen, el amor divino. A la vez, esos conceptos implican también la comprensión que el hombre tiene de su ser y de su historia, tal como dicha comprensión queda reflejada a lo largo de toda Biblia. Por otro lado, el mismo ejercicio de la caridad por parte de la Iglesia, tema de la segunda parte, se ins-

1. Baste citar J. RATZINGER, «La interpretación bíblica en conflicto. Sobre el problema de los fundamentos y la orientación de la exégesis hoy», en J. RATZINGER, P. BEAUCHAMP ET ALII, *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Palabra, Madrid 2003, 19-54 (publicación original en 1989); «Relación entre Magisterio de la Iglesia y Exégesis», en *ibid.*, 175-187 (publicación original en 2003 como «Ponencia con ocasión de los cien años de la constitución de la P. C. B.»); *Presentación del Documento de la PCB «El pueblo hebreo y sus Sagradas Escrituras en la Biblia cristiana*», Vaticana, Roma 2001; «Discurso del Emmo. y Rvdmo. Cardenal Dr. Joseph Ratzinger» (en su investidura como doctor *honoris causa* en la Universidad de Navarra el 31 de enero de 1998), en *Scripta Theologica* 30 (1998) 387-393.

cribe en la Historia de la Salvación desplegada en el tiempo, y se apoya en presupuestos derivados de la misma realidad de la Creación. De ahí que el Papa afirme que las dos partes de la Encíclica «*están íntimamente relacionadas entre sí*» (n. 1).

A lo largo de la Encíclica podemos ver que, tras una consideración del lenguaje bíblico relativo al amor (n. 2), el Papa va siguiendo en cierto modo, y como cañamazo de su escrito, el orden de los libros de la Biblia, aunque ciertamente el foco iluminador con el que accede a ellos es constantemente San Juan (1 Jn y Jn).

En la primera parte, y como primer paso de la enseñanza, la atención se concentra en el *Antiguo Testamento* en general, viendo el contraste que ofrece frente a otras formas religiosas (cfr. n. 4). Al exponer «*la novedad de la fe bíblica*» (nn. 9-11) pone la atención en los *primeros capítulos del Génesis*, precisamente, tratando de la imagen bíblica de Dios y de la imagen bíblica del hombre.

La imagen bíblica de Dios derivada de la Creación viene enseguida desarrollada con la que ofrecen *los profetas*, especialmente Oseas y Ezequiel, que expresan la relación entre Dios y el pueblo en términos de amor sponsal (n. 9).

El próximo paso con referencias bíblicas lo encontramos en el apartado «*Jesucristo, el amor de Dios encarnado*» (nn. 12-18). Ahora son los *Evangelios* los que constituyen el momento fundamental de la trama. La atención se concentra en la figura de Jesús en la Cruz y su costado traspasado, como expresión máxima del Amor; luego, en la institución de la Eucaristía en la Última Cena como medio de perpetuar su acto de entrega, y ser permanente fuente de amor para el cristiano; y, a continuación, aduce las palabras de Jesús, y especialmente las parábolas, que encuentran ahora su lugar propio en la enseñanza papal. El Pontífice termina la primera parte de la Encíclica sacando ya algunas conclusiones derivadas de tales pasajes bíblicos y fundamentando cómo es posible el «amor a Dios y al prójimo» (nn. 16-18), y, como ya hemos señalado, teniendo como foco iluminador la Primera Carta de San Juan que habla con insistencia de «*la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo*» (n. 18).

La segunda parte comienza propiamente con las reflexiones en tono al libro de los *Hechos de los Apóstoles* en el que se narra el ejercicio de la caridad en la Iglesia primitiva (nn. 20-23). Pero, una vez más, el Papa se fija en ese libro bíblico no sin antes haber recurrido de nuevo a San Juan como foco iluminador de toda esta segunda parte (cfr. n. 19).

A continuación, y tratando precisamente de «*los responsables de la acción caritativa en la Iglesia*» (nn. 32-39) encontramos introducidas con más abun-

dancia referencias a las *cartas paulinas*, en concreto la frase «la fe que actúa por la caridad» (Gal 5,16), el apremio de amor del Cristo (2 Cor 5,14) y el himno de 1 Cor 13 presentado como «*la Carta Magna de todo el servicio eclesial*» (n. 34). Antes, como es habitual a lo largo de la Encíclica, ha citado de nuevo 1 Jn 4,18, *leit motiv* de toda la Encíclica.

Finalmente, y como motivación para actuar con esperanza ante el misterio del dolor en el mundo, cuya referencia a Dios el Papa ve expresada en el libro de Job (n. 38), se fija en el libro del *Apocalipsis* que «*muestra luminosamente mediante sus imágenes sobrecogedoras*» (n. 39) la verdad de que Dios es amor, y de que al final vencerá.

En la preciosa Conclusión de la Carta, el Papa invita a contemplar el ejemplo de los santos y, especialmente, de la Santísima Virgen, ofreciendo una síntesis de los pasajes bíblicos referidos a ella, entresacados de San Lucas y de San Juan.

2. SIGNIFICACIÓN DE LOS LIBROS BÍBLICOS DESDE LA PERSPECTIVA DEL AMOR

La profunda densidad de pensamiento contenida en los párrafos de la *Deus Caritas* es tal que difícilmente se percibe en una primera lectura, aunque ya en ésta el lector adquiere informaciones bíblico teológicas en torno al amor, y se siente movido a ponerlo en práctica. Ahora nos fijaremos en el alcance que adquieren algunos libros de la Biblia, así como en ciertos pasajes concretos citados por el Papa.

2.1. *Aportación de la fe bíblica en el Antiguo Testamento*

Especialmente en los nn. 2-11, Benedicto XVI destaca la novedad que representa la comprensión del amor en el AT frente al mundo circundante a Israel, y también frente a ciertas filosofías modernas. Señalamos a continuación la enseñanza del Papa en torno al AT y sobre algunos de sus libros en concreto, así como sobre los temas bíblicos más destacados en esta parte de la Encíclica.

— *El Antiguo Testamento en su conjunto*

Al comienzo de la Carta, el Papa expone cómo con el empleo de una determinada terminología para expresar el amor, ya se obtiene una primera visión

de la comprensión del mismo que se encuentra en el AT. La ve reflejada tanto en el texto hebreo original sobre todo en el término *ahab*, como en la versión griega en el término *agapé*². Pero dirá que es desde la fe en el único Dios, como el AT, ante la mentalidad griega y otras culturas que tenían una consideración del *eros* como una «locura divina» que prevalecía sobre la razón, «*se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad*» (n. 4). Esto no significa, continúa diciendo el Papa, que por ello el AT rechazase el *eros* como tal, sino que «*declaró guerra a su desviación destructora, ya que la falsa divinización del eros que se produce en esos casos lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza*» (n. 4). La aversión hacia los cultos de los baales, cultos de fecundidad, la muestra en muchas páginas el AT³.

— *El Dios único, Creador de cuanto existe*

El Papa sigue exponiendo cómo esa fe en el único Dios, expresada como confesión de fe en Dt 6,4 («Escucha Israel: El Señor nuestro Dios, es solamente uno») responde a la nueva imagen que Israel llega a tener de Dios, frente a «las culturas que circundan el mundo de la Biblia» en las que «*la imagen de dios y de los dioses, al fin y al cabo, queda poco clara y es contradictoria en sí misma*» (n. 9).

La novedad del monoteísmo bíblico radica para el Papa fundamentalmente en dos puntos: Uno, que ese Dios es Dios de todos los hombres, porque Él «*el único Dios verdadero, Él mismo, es el autor de toda la realidad; ésta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta criatura, precisamente porque ha sido Él quien la ha querido, quien la ha “hecho”*» (n. 9)⁴. El otro punto novedoso en la fe bíblica, sigue señalando el Papa, es que «*este Dios ama al hombre*». En contraste de nuevo con la filosofía griega —en la que Aristóteles afirmaba que Dios es objeto de deseo y amor por parte de todo ser, pero él no necesita nada y por tanto no puede amar—, la fe bíblica afirma desde el principio que «*El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente*» (*ibid.*). Esta idea la concretará el Papa acudiendo a los Profetas.

2. Conviene notar que en la versión griega del AT sólo dos veces aparece el término *eros*: una en Prov 7,18 donde se traduce por *éroti* el término hebreo *baahabim*, y otra en Prov 30,6 que traduce por *eros* el término *dodim*.

3. Entre otros textos en este sentido pueden verse Nm 25,3-5; Jue 6,25; 1 Re 16,31; Os 13,13; Jer 2,23; Ez 6,4-6.

4. Aunque no queda recogida en la Encíclica tengamos en cuenta la expresión del libro de Sab 1,14: «todo lo creó para que subsistiera...».

— *El Dios único, Creador del ser humano*

De la misma fe bíblica en la creación dimana la novedad de la imagen del hombre. El Papa, dado el tema de la Encíclica, ve reflejada esa dignidad sobre todo en la frase de Gn 2,23 («Ésta sí que es carne de mi carne»). Ahora es, frente al mito de Platón según el cual los dioses crearon al hombre con forma esférica dividiéndolo después a causa de su autosuficiencia, cuando el Papa señala que la narración bíblica no habla de castigo, sino que, aunque en Gn aparece también la idea de que «*el hombre es de algún modo incompleto*», se enseña sobre todo que está «*constitutivamente en camino para encontrar en el otro la parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse “completo”*» (n. 11). A continuación deduce dos aspectos importantes de este pasaje de Gn: el enraizamiento del *eros* «*en la naturaleza humana*» por un lado, y la orientación del mismo *eros* al matrimonio cuando «*el pasaje bíblico concluye con una profecía sobre Adán: “Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne” (Gn 2,24)*» (*ibid.*).

Junto a ese aspecto de la novedad de la fe bíblica referida al amor matrimonial, está, e incluso como fundamento, el de la posibilidad misma de amar que tiene el hombre. El Papa lo dice expresamente al final de la segunda parte de la Encíclica en una frase que podría de algún modo tomarse como guía de toda su enseñanza: «*El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios*» (n. 39). De manera particular señala además la relación existente entre la creación del ser humano a imagen de Dios y el amor al prójimo. Por una parte, ese amor se funda en última instancia en «*el hecho de que el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre*» (n. 31), al mismo tiempo que «*es también un efecto de la presencia del cristianismo en el mundo, que reaviva continuamente y hace eficaz este imperativo, a menudo tan empañado a lo largo de la historia*» (*ibid.*). Por otra parte, señala también el Papa, el amor al prójimo, para que sea verdadero, requiere «*reconocer en el otro la imagen divina*» (n. 18). Aunque en la Carta no se cita en ningún momento Gn 1,26-27, (Dios creó al hombre a su imagen) las reflexiones hechas por Benedicto XVI sobre el tema del hombre creado a imagen de Dios, vienen a enriquecer la comprensión de ese pasaje bíblico desde el tema del amor⁵. Estos datos que aporta sirven para comprender la profunda relación entre Dios Creador del hombre y la realidad del amor. Desde esta perspectiva saldrá al paso de una «*concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive “sólo de pan” (Mt 4,4; cfr: Dt 8,3), una con-*

5. Sobre el hombre imagen de Dios véase también por ej. 1 Cor 11,7.

cepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano» (n. 28), que se esconde, entre otras formas de pensamiento, en el marxismo.

— *La elección del pueblo de Israel*

En la Encíclica queda expuesto también que Dios no sólo ama a toda criatura «hechura suya», sino que ama con un amor de predilección al escogerse a Israel entre todos los pueblos de la tierra, si bien «con el objeto de salvar de este modo a toda la humanidad». «Este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente agapé» (n. 9). Calificar el amor de Dios como eros supone sin duda una notable novedad respecto al lenguaje bíblico; pero Benedicto XVI apoya esta afirmación en Dionisio Aeropagita que «llama a Dios eros y agapé al mismo tiempo» (nota 7). En realidad, no se explicaría la forma de actuar de Dios con su pueblo presentada en la S. E. sin que su amor tuviese la dimensión del eros. Es la gran novedad de la imagen bíblica de Dios frente a la filosofía griega.

— *El don de la la Torah*

El Papa valora La *Torah* (la Ley) como la primera gran manifestación del amor de Dios con su pueblo en la historia del desarrollo de ese amor. Con ella, el Señor «abre los ojos de Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo» (n. 9). Al considerar la *Torah*, el Papa introduce dos aspectos del amor de Dios: Uno, que ese amor tiene una historia que culminará ciertamente en Jesucristo; otro, que «esta historia consiste en que el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial: “¿No te tengo a ti en el cielo?; y contigo, ¿qué me importa la tierra?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios” (Sal 73[72],25.28)» (n. 9). No es la *Toráh* como tal la que da la felicidad «esencial» sino el amor de un Dios que trasciende todo lo terreno. Es lo que queda reflejado en la frase del Salmo traída aquí por el Papa⁶.

6. Dos veces se cita en la Encíclica este versículo de Sal 73(72), sin que aparezca citado ningún otro salmo. Una, en este n. 9; la otra, de manera en cierto modo tangencial, para expresar la alegría que produce el amor a Dios cuando se ha experimentado: «Crece entonces nuestro abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cfr. Sal 73[72],23-28)» (n. 17).

— *La aportación de los Profetas*

En la Encíclica se destaca que los profetas tienen la función de mostrar cómo es ese amor de Dios a Israel. Especialmente Oseas y Ezequiel, dice, «*han descrito esta pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces*». «*La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución*» (*ibid.*)⁷. Pero también los profetas manifiestan que el amor de Dios a su pueblo es *agapé* «*no sólo porque se da del todo gratuitamente sino porque es amor que perdona*» (n. 10). El Papa transcribe en concreto el texto de Os 11,8-9: «¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?... Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti». Se trata, comenta el Papa, de «*un amor que pone a Dios contra sí mismo, su amor frente a su justicia*» (n. 10), en lo que el cristiano «*ve perfilarse ya veladamente el misterio de la Cruz*» (*ibid.*).

— *El libro del Cantar de los Cantares*

Benedicto XVI acude a él ya en las primeras páginas de la Carta para marcar la diferencia entre el amor en su aspecto de *eros* y de *agapé*. Ateniéndose a la terminología hebrea del Cantar destaca la diferencia entre el término *dodim* que expresa «el amor todavía en estado de búsqueda», y el término *ahabá* que significa el amor en cuanto descubrimiento del otro, «*superando el carácter egoísta que predominaba ciertamente en el anterior*» (n. 6)⁸. De ahí derivará uno de los temas fundamentales en la Encíclica: que la Biblia no rechaza el *eros*, sino que lo ennoblece y lo lleva a su verdadero significado transformándolo en *agapé*. Pero también entiende el Papa que «*los cantos de amor (en el Cantar) describen en el fondo la relación del hombre con Dios y de Dios con el hombre*» (n. 10) y que esa es la razón para comprender que «*que la recepción del Cantar de los Cantares en el canon de la Sagrada Escritura se haya justificado muy pronto*» (*ibid.*).

7. De esos profetas podemos citar por ej. Os 2,1-10.18-19; Ez 16,1-62; pero ver también Jer 2,1; 3,6.

8. En efecto, el término «amado» (*dodí*), en cuanto indica la fuerza atractiva del amado y de la amada, aparece en Ct 1,3.4. Indica también los placeres del amor que son denominados *dodim* («mejores que el vino», Ct 1,2.4; 4,10; cfr. 5,1; 7,13). El término *ahabá*, en cambio, que aparece 18 veces en Ct, se emplea por ej. al decir que «el amor es más fuerte que la muerte» (Ct 8,6), o que «el fuego no puede apagarlo» (Ct 8,7) ni puede ser medido (Ct 8,7). Con todo hay que notar también que ambos términos aparecen en paralelismo, por ej. en Pro 5,19; y que la traducción de *ahabá* por *agapé* si bien es predominante en los LXX tampoco es siempre uniforme. Cfr. E. STAUFFER, «agapáo», en *ThWNTI*, 20-22.

2.2. *Novedad del Nuevo Testamento y su significación*

Acerca de la originalidad del NT, Benedicto XVI hace una afirmación clarificadora: «*La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito*» (n. 12). Quiere esto decir que, si bien en efecto muchas de las ideas presentes en el NT derivan del AT o de otras áreas culturales, no restan en nada la novedad del mismo NT. De ahí que el Pontífice cuando emplea el NT se fije directamente en sus afirmaciones acerca de Cristo y de su actuar, así como de las consecuencias que se siguen en la vida de la Iglesia. En la presentación de la enseñanza del Papa seguimos el orden de los libros en el NT.

— *Las palabras de Jesús*

El Papa recoge algunas palabras de Jesús en momentos culminantes de su Encíclica. Así la definición del amor que ofrece en n. 6 concluye con las palabras de Jesús. «*Ciertamente, el amor es “éxtasis”, pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: “El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará” (Lc 17,33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cfr. Mt 10,39; 16,25; Mc 8,35; Lc 9,24; Jn 12,25)*». Estas palabras son para el Papa la descripción del propio itinerario de Jesús, que «*a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante*» (n. 6). Pero en esas palabras Benedicto XVI ve también una sentencia sapiencial válida para el descubrimiento del amor que puede hacer todo ser humano. En ellas, dice, Jesús «*describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general*» (*ibid.*).

Otras palabras de Jesús que adquieren especial relieve en la Encíclica son las que el Señor pronuncia desde la Cruz. Para el Papa, como veremos en el apartado dedicado al Evangelio de S. Juan, en Cristo clavado en la Cruz contemplamos la plenitud del amor de Dios manifestado al hombre, que a su vez acrecienta el amor en el hombre: «*La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor*» (n. 39). Ante el sufrimiento humano que el cristiano contempla en el mundo o experimenta en sí mismo, y la aparente inactividad de Dios, las palabras de

Jesús en la cruz, como las de Job 23,3-6.15-16, son hechas suyas por el cristiano: «Él (Dios) *tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46)*» (n. 38). Así, esas palabras recobran siempre actualidad como las que según S Juan Jesús dirigió a María y al discípulo amado: «*La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación*» (n. 42).

El Papa se apoya asimismo de manera especial en las *parábolas* trayéndolas a colación en dos ocasiones y explicando el profundo significado que adquieren en la predicación del mismo Jesús. En un primer momento (n. 12), señala cómo la parábola del Buen Pastor, la de la dracma perdida y la del hijo pródigo significan la explicación del propio ser de Jesús que él hace de sí mismo.

Más adelante (n. 15) se refiere a otras tres parábolas que vienen a manifestar que «*el amor puede ser mandado porque antes es dado*» (n. 14). Así, la parábola del rico epulón (Lc 16,9-31) enseña que «*Jesús acoge ese grito de ayuda*» (el del rico en los infiernos que desea advertir a los suyos) y «*se hace eco de él para ponernos en guardia, para hacernos volver al recto camino*» (n. 15). La del buen samaritano (Lc 10,25-27) que indica por un lado la superación de los límites de la comunidad en el amor al prójimo (cfr. *ibid.* y también n. 25b), y, por otro, la concreción de ese amor con obras (cfr. también n. 31a). En esta parábola, dice el Papa, «*se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto*» (n. 16), y se expresa que «*el programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un “corazón que ve”*» (n. 31b). Finalmente, recuerda la parábola del Juicio final (Mt 25,31-46), en la que destaca dos aspectos. Uno, que en ella «*el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana*» (n. 15). Se trata de una mirada al carácter sapiencial universal de la parábola. Otro, que «*Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40)*» (*ibid.*). Es la dimensión propiamente cristiana. De ella concluye el Papa que «*amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios*» (n. 15).

La interpretación de las parábolas en la Encíclica, por tanto, se hace desde una perspectiva cristológica, al mismo tiempo que queda recogida su proyección sapiencial, válida para todo ser humano, y especialmente exigente para el cristiano, en lo que se refiere al amor al prójimo.

Otras palabras del Señor recogidas por el Papa son las que se refieren a la Eucaristía en el evangelio de S. Juan. Cita en concreto el texto de Jn 6,31-33 cuando Jesús se presenta a los discípulos como el nuevo maná, aludiendo a su

cuerpo y a su sangre dados como alimento. Para el Papa la institución de la Eucaristía es el momento en que Jesús ha perpetuado su acto de entrega en la cruz. Además, insiste en el carácter social del Sacramento de manera coherente con el tema de la Encíclica, acudiendo a 1 Cor 10,77 («El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan»), para enseñar que «*La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega*» (n. 14).

— *El Evangelio de San Juan*

Este evangelio es especialmente importante para el Papa en orden a presentar el misterio de la Persona de Jesús desde la perspectiva del amor. Se fija directamente en la Encarnación y en la Muerte redentora (n. 19). Jesús es el Hijo Unigénito que, enviado por el Padre movido por amor, viene al mundo para redimir al hombre. El Papa remite expresamente a Jn 3,16: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna».

De la muerte en la cruz, el Papa destaca dos aspectos. El primero, que Jesús es «el Traspasado (Jn 19,37, cfr. Za 12,10), y que «entregó el espíritu» (Jn 19,30), «*preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cfr. Jn 20,22)*» (n. 19)⁹. «*Se cumpliría así —continúa diciendo— la promesa de los “torrentes de agua viva” que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cfr. Jn 7,38-39)*» (n. 19). En tal comprensión de estos pasajes de San Juan, el Papa entiende «las entrañas» de las que habla Jn 7,38 referidas a los creyentes, y no directamente al agua que brota del costado traspasado de Cristo en la cruz¹⁰. Pero, al mismo tiempo, al relacionar Jn 7,38 directamente con Jn 19,30, está indicando que en realidad asume ambas interpretaciones de «sus entrañas»: las de Cristo y las del creyente. Lo mismo sucede en la Conclusión de la Carta, hablando precisamente de la condición por la que la Stma. Virgen es modelo de amor: «*una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial “del que manarán torrentes de agua viva” (Jn 7,38)*» (n. 42).

El otro aspecto de la muerte de Jesús, puesto con fuerza de relieve en la Encíclica, es que se trata de una muerte en la que se da el amor en su plenitud.

9. Aunque la frase «entregó el espíritu» se refiere directamente a la muerte de Jesús, la exégesis desde siempre ha entendido un sentido más profundo viendo en el «espíritu» al Espíritu Santo.

10. Una gran parte de exegetas interpreta «sus entrañas» referido a Cristo. Cfr., por ej., la nota de la *Biblia de Jerusalén* a ese pasaje.

El Papa ve ese amor mostrado ya en el lavatorio de los pies a los discípulos (Jn 13,1-13: «habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo...»), «y, *sobre todo* —continúa diciendo— *cuando ha entregado su vida por todos* (cfr. Jn 13,1; 15,13)» (n. 19). Jn 15,13 dice precisamente «Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos...». Hasta qué punto la mirada a Cristo en la cruz con el corazón traspasado constituye sin duda el punto álgido de la Encíclica lo declara el mismo Pontífice al decir: «*Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan* (cfr. 19,37), *ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta Encíclica: “Dios es amor”* (1 Jn 4,8). *Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar*» (n. 12).

— *Los pasajes mariológicos de Lc y Jn*

La Encíclica concluye con una densa y preciosa presentación de la Stma. Virgen, aquella que sobresale, dice, entre todos los santos en santidad, también en el amor. En su exposición, el Papa se limita a pasajes de Lc y Jn, recogiendo lo esencial que en estos evangelios se dice sobre María. En primer lugar se refiere a la visita a su prima santa Isabel como «*un servicio de caridad*» «*para atenderla durante el embarazo*» (Lc 1,46) (n. 41), y comenta la primera frase del Magnificat pronunciada por María como expresión de «*todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno*» (*ibid.*). El Papa resalta también a continuación que María en «*una mujer de esperanza*» y «*una mujer de fe*». «*¡Dichosa tú, que has creído!*», le dice Isabel (Lc 1,45). El hecho de que el Magnificat, definido «*como un retrato de su alma* (de María), *por decirlo así*» (*ibid.*), esté efectivamente tejido con hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios, lleva a Benedicto XVI a una profunda consideración sobre la Virgen: «*Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada*» (*ibid.*).

La consideración sobre María culmina con la presentación hecha por el Papa acerca de ella como «*la mujer que ama*», tomando ahora pie del Evangelio de san Juan (n. 42). Así, ve manifestado ese amor en la bodas de Caná donde María «*se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace pre-*

sente a Jesús» (*ibid.*). Lo ve también en la humildad de la Virgen que «*accepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cfr. Jn 2,4; 13,1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cfr. Jn 19,25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cfr. Hch 1,14)*» (*ibid.*). Un aspecto de enorme interés en la enseñanza de la Encíclica es la presentación de María, como también en otra medida en los santos, como afirmación de que «*quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos*» (*ibid.*). «*Esto, escribe el Papa, en nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: “Abi tienes a tu madre” (Jn 19,27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación*». Las palabras de Jesús en la Cruz dirigidas a su Madre y al discípulo amado no quedan en el pasado, sino que se siguen realizando en el presente al haberse convertido María, en efecto, en Madre de todos los creyentes.

— *El libro de los Hechos*

Benedicto XVI ve este libro en la Encíclica fundamentalmente como el que expresa los principios de la vida cristiana, entre los que destaca la actividad asistencial a los pobres y necesitados (cfr. n. 23). El Papa emplea los pasajes de Hch en orden a mostrar cómo «*el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado*» (n. 20). De ahí que destaque los pasajes de Hch relacionados con la *koinonía* (Hch 2,42.40-45), concretándose ésta precisamente en que «*los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cfr. también Hch 4,32-37)*»¹¹.

La organización para un servicio comunitario continuado, fruto y ejercicio de la *koinonía*, la ve expuesta el Papa en el mismo libro de los *Hechos de los Apóstoles*, concretamente, en la elección de los siete varones encargados del servicio de las mesas. Este hecho, según explica el Papa, refleja la existencia de dos ministerios necesarios en la Iglesia: el de los Apóstoles y el de los que ejercen la «dia-

11. Que los creyentes tuviesen todo en común parece ser más bien un cuadro idealizado de la Iglesia de Jerusalén propuesto por S. Lucas. De hecho, el episodio de Ananías y Safira (cfr. Hch 5,1-11) muestra que se trataba de algo voluntario y que no era así en todos los casos. El Papa parece tener en cuenta estos datos cuando escribe a continuación «*A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa*» (n. 20).

conía». Enseguida hace notar que los que integraban el grupo de los Siete «*tampoco debía limitarse a un servicio meramente técnico de distribución: debían ser hombres “llenos de Espíritu y de sabiduría” (cfr. Hch 6,1-6). Lo cual significa que el servicio social que desempeñaban era absolutamente concreto, pero sin duda también espiritual al mismo tiempo*» (n. 20)¹². De ello deduce Benedicto XVI que «*con la formación de este grupo de los Siete, la “diaconía” —el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico— quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma*» (*ibid.*). Esta estructura pues, aunque ciertamente estaba fundada en las palabras y los hechos de Jesús, asume, a medida que surgen necesidades concretas, elementos nuevos que se integran en la misma. Se trata por tanto de un aspecto de la configuración de la Iglesia en desarrollo que se deduce del libro de los Hechos. Apoyado precisamente en esa estructura fundamental el Papa afirmará más adelante que «*es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los Hechos de los Apóstoles (cfr. 2,42-44): la Iglesia, como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda*» (n. 32).

— Las cartas paulinas

En la Encíclica se alude en realidad a pocos pasajes de esas cartas, pero los que se emplean son especialmente significativos en el tema del amor. Concretamente recurre a ellos en la segunda parte, al hilo de exponer «*el ejercicio del amor por parte de la iglesia como “comunidad de amor”*» (nn. 19-39).

En dos momentos recurre a la Carta a los Gálatas: Uno, para enseñar el amor que ha de existir entre los mismos miembros de la iglesia: «*quedando a salvo la universalidad del amor —escribe— también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad. En este sentido, siguen teniendo valor las palabras de la Carta a los Gálatas: “Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe (6,10)”*» (n. 25). Otro, para mostrar «*el perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia*» (n. 31-39), al decir que quienes trabajan en ella «*no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cfr. Ga 5,6)*» (n. 33).

12. Aunque el Papa no lo cita, el libro de los Hechos en efecto no reduce el servicio de los Siete a servir las mesas (cfr. Hch 8,5.26-40, sobre el diácono Felipe predicando y bautizando al ministro de la reina de Cándace).

También cita dos veces 2 Cor 5,14: Una, para señalar el criterio inspirador de los responsables en la acción caritativa de la Iglesia que, «*debería ser —escribe— lo que se dice en la Segunda Carta a los Corintios: “Nos apremia el amor de Cristo” (5,14)*» (n. 33). La otra, para animar a los cristianos, a pesar de las dificultades que puedan encontrarse: «*hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: “Nos apremia el amor de Cristo” (2 Co 5,14)*» (n. 35).

Un lugar preeminente se da en ese mismo apartado al «himno de la caridad» de 1 Cor 13. El Papa ve en él «*la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos*» (n. 34). Citando expresamente el v. 3 («... si no tengo amor, de nada me sirve» dice concretamente: «*Este himno debe ser la Carta Magna de todo el servicio eclesial; en él se resumen todas las reflexiones que he expuesto sobre el amor a lo largo de esta Carta Encíclica. La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo*» (*ibid.*).

Todavía el Papa recurre a una frase de la Carta a Tito al hablar del sufrimiento en el mundo, inevitable e incomprensible para el hombre. «*Los cristianos —escribe— siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la “bondad de Dios y su amor al hombre” (Tt 3,4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros*» (n. 38).

En todas estas citas de las Cartas paulinas aducidas en la Encíclica se puede apreciar fácilmente la convicción del Papa de que no se trata sin más de palabras escritas únicamente para una situación concreta de las iglesias a las que Pablo escribe, sino de palabras que marcan siempre, y también especialmente en nuestro tiempo, la forma del ejercicio de la caridad por parte de la Iglesia y los cristianos. Así hace ver que la Escritura posee en el momento presente toda su fuerza y actualidad. Al mismo tiempo, los textos paulinos elegidos por el Pontífice son sin duda los que lleva más profundamente grabados en el corazón cuando expone su enseñanza sobre el amor.

— *La Primera Carta de San Juan*

1 Jn es un punto de referencia iluminador a lo largo de toda la Encíclica, como se refleja ya en el título de la misma y en la Introducción (n. 1). Para el Pontífice las palabras de 1 Jn 4,16 «*expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así de-*

cir, una formulación sintética de la existencia cristiana: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (n. 1). El Papa señala precisamente que la idea fundamental de esta Carta es que en ella se pone de manifiesto que el amor de Dios se ha hecho visible por el envío de su Hijo al mundo (1 Jn 4,9: «En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios: en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que recibiéramos por él la vida») (cfr. nn. 17, 12), conectando así con el uso que hace del evangelio de Juan en el n. 19.

A lo largo de la Encíclica, el Papa trae a colación repetidamente 1 Jn, especialmente al tratar de la mutua implicación entre el amor a Dios y al prójimo. A este propósito cita expresamente 1 Jn 4,20: «Si alguno dice: Amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (n. 16). Y a propósito de la gratuidad que conlleva el verdadero amor, el que «*no se practica para obtener otros objetivos*» (n. 31c) recurre a 1 Jn 4,8, pues a su luz, el cristiano «*sabe que Dios es amor (1 Jn 4,8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar*» (*ibid.*).

— *El Apocalipsis*

A este libro en su conjunto recurre el Papa al abordar el tema del sufrimiento en el mundo, y ofrece una visión del mismo que vale la pena reseñar. De él dice que «*transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él*» (n. 39). Poco antes ha citado una frase concreta del mismo («¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz?»), como pregunta con la que el creyente debe permanecer siempre ante el rostro de Dios. El Apocalipsis expresa, en efecto, el triunfo de Cristo sobre el mal que el amor está llamado a aliviar por su propia naturaleza.

3. ALGUNOS PRESUPUESTOS HERMENÉUTICOS EN LA «DEUS CARITAS EST»

El entonces cardenal Ratzinger concluía su discurso de investidura como doctor *Honoris causa* en la Universidad de Navarra en 1998 afirmando: «*La estructura de la Palabra es suficientemente unívoca, pero la exigencia que implica para los llamados a la responsabilidad de suceder a los Apóstoles es de hecho muy ardua. Es misión del Magisterio no oponerse al pensamiento, sino dar voz a la autoridad de la Respuesta que nos ha sido dada, y así crear espacio para la Verdad misma que viene a*

nosotros»¹³. Los designios divinos le han llevado a ostentar ahora el magisterio supremo de la Iglesia como Romano Pontífice. En su primera Encíclica, Benedicto XVI cumple, en efecto, esa ardua misión de la que hablaba en el discurso citado. En su Carta da voz a la Palabra que nos ofrece la Biblia como la Respuesta que nos ha sido dada acerca de lo que es el amor y cómo vivirlo. «*Deus caritas est*» es sin duda un documento eminentemente pastoral, fruto a la vez de un gran teólogo y de un pastor que sabe comunicar con sencillez y lenguaje claro su enseñanza pontificia. En ella la Biblia es asumida como un todo con significación unívoca y clara. Alude a la cultura religiosa frente a la que surgieron los escritos bíblicos, y va exponiendo el significado que tienen para la comprensión del hombre y de Dios frente a formas erróneas o incompletas de comprender el amor en nuestro tiempo.

Entre los aspectos que reflejan los presupuestos con los que el Papa emplea la Biblia quisiéramos señalar algunos que nos parecen más relevantes.

3.1. *Unidad de la Escritura y su culminación en el Nuevo Testamento*

En la Encíclica se emplea la Sagrada Escritura como palabra una y única. Es una por su contenido profundo que es el amor, y es única por la originalidad con la que en ella se comprende ese amor frente a otras formas de religión y sus escritos. Esa unidad de la Sagrada Escritura es el presupuesto en la fundamentación de la enseñanza de la *Deus caritas est*. En efecto, ya en el Prólogo, en el que están condensadas las afirmaciones centrales, se muestra esa unidad al relacionar 1 Jn 4,16, que sirve de título, y Jn 3,16 sobre el amor de Dios al mundo hasta entregar a su Hijo, con Dt 6,4-5 sobre el mandamiento del amor a Dios y Lev 19,18 con el mandamiento del amor al prójimo. De Jn 3,16 dice que ofrece una «*formulación sintética de la existencia cristiana*», de Dt 6,14 que sus palabras «*compendian* (para el israelita) *el núcleo de su existencia*». Uniendo en uno los dos mandamientos citados del AT y desde la perspectiva de 1 Jn 4,10 concluye el Pontífice que «*el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro*» (n. 1).

A lo largo de la Encíclica esa relación del Antiguo con el Nuevo Testamento viene destacada de diversos modos. Así, tratando de la diferencia entre *agapé* y *eros*, que el Papa ve ya expresada en el libro del Cantar de los Cantares de forma modélica, pasa inmediatamente a continuación a mostrar cómo la «*cota más alta del agapé*» y «*su más íntima pureza*» están contenidas en las pala-

13. «Discurso del Emmo. y Rvdmo. Cardenal Dr. Joseph Ratzinger», en *Scripta Theologica* 30 (1998) 393.

bras de Jesús. Del AT se puede deducir, en efecto, que el amor es un *«camino permanente, como un salir de yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí, y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún hacia el descubrimiento de Dios»*. Pero su cota más alta viene expresada en las palabras de Jesús: *«El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará»* (Lc 17,33), repetidas con ciertas variantes en otros pasajes evangélicos: (cfr. Mt 10,39; 16,25; Mc 8,35; Lc 9,24; Jn 12,25)». *«Con estas palabras, continúa diciendo el Papa, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general»* (n. 6). Que esas palabras de Jesús definen la plenitud de la existencia humana en general significa una referencia directa a la creación del hombre y a su existencia en el mundo, válidas por tanto para todo hombre.

Benedicto XVI ve una íntima compenetración de los dos Testamentos como única Escritura de la fe cristiana (cfr. n. 12) Tal compenetración supone, para el Papa, que *«el cristianismo ha asumido la fe de Israel»* (n. 1), así como la relación que existe entre la dimensión *eros* y *agapé* del amor en Dios y en el hombre (cfr. n. 10).

Sobre la importancia de la relación entre el AT y el NT recordemos ahora únicamente la presentación del entonces Cardenal Ratzinger al documento de la PCB de 2001. Ya allí expresaba que entender el AT como refiriéndose a Cristo y a la fe del NT, aunque *«aparece a la moderna conciencia histórica como muy inverosímil»*, es en realidad todo lo contrario. En esa presentación recogía y destacaba la siguiente frase del citado documento: *«Sin el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento sería un libro indescifrable, una planta privada de sus raíces y destinada a secarse»* (n. 84). Así es en la comprensión de lo que es el amor, como puede apreciarse a lo largo de la Encíclica. La razón de esa unidad entre AT y NT la fundaba el Card. Ratzinger en el hecho de que *«la comprensión de la pluridimensionalidad del discurso humano, que no está atado a un momento histórico, sino que abarca el futuro, fue de gran ayuda para entender cómo la palabra de Dios se puede servir de la palabra humana para dar a la historia en progreso un sentido que va más allá del momento presente y obtiene precisamente así la unidad de todo el conjunto»*.

3.2. *Los sentidos de la Escritura*

A lo largo de las páginas anteriores hemos podido apreciar cómo Benedicto XVI, teniendo presente, como hemos visto, la «pluridimensionalidad» de los textos en cuanto ve en ellos varios significados, y precisamente a partir de

ésta, mantiene en el conjunto de la Carta la «suficiente univocidad» de la Escritura. Son dos aspectos de la Palabra que conjuga perfectamente a lo largo de toda la Encíclica.

La univocidad de la Biblia puede apreciarse en que constantemente entiendo los textos en el sentido literal de los mismos, teniendo en cuenta con seriedad las aportaciones de la exégesis reciente¹⁴. De hecho recurre a expresiones bíblicas, o al significado de algunos libros en su conjunto, extrayendo el sentido que tienen en su lectura normal y en su contexto histórico, tanto cuando se trata de libros del AT o del NT, como cuando explica algunas parábolas referidas a la vida misma de Jesús o a la vida cristiana, o como cuando aduce otras palabras del Señor o de los Apóstoles, incluso de tipo sapiencial. Por otra parte muestra de forma directa su significado para el hombre de hoy y la cultura de nuestro tiempo.

Sin embargo, también hay un momento en que recurre al sentido alegórico expuesto por los Santos Padres. En concreto para mostrar «*la relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el eros que busca a Dios y el agapé que transmite el don recibido*» (n. 7). Ahí ilustra su enseñanza con la interpretación que san Gregorio Magno hace de la escala de Jacob (cfr. Gn 28,12; Jn 1,1,15), de la «ascensión» de san Pablo al tercer cielo (2 Cor 1,2-4; 1 Cor 9,22), y del ejemplo de Moisés que entra y sale del Tabernáculo. Aunque ciertamente a lo largo de toda la Carta predomina la exposición de los textos en sentido literal histórico, quiere también valorar la exégesis alegórica heredada de los Padres, proponiendo un bello ejemplo en un tema importante, como es el de que para amar verdaderamente al prójimo, el hombre necesita beber de la fuente del amor que es el mismo Dios.

3.3. *La singularidad de la Escritura*

El Papa no se detiene en ningún momento en explicar cómo la Sagrada Escritura es Palabra de Dios. Tampoco utiliza el término «revelación», ni el de «texto sagrado» o «inspirado», aplicados a la Biblia. Es como si se dieran por supuestos, y ciertamente así se aprecia en el trasfondo. Una sola vez encontramos la expresión «Sagrada Escritura» (n. 2). Tengamos en cuenta que el propósito

14. Entre tales aportaciones a propósito del amor en la Sda. Escritura pueden verse por ej. C. SPICQ, *Agape en el Nuevo Testamento*, Cares, Madrid 1977; E. JENNI, «hab Amar», en E. JENNI y C. WESTERMANN, *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento I*, Cristiandad, Madrid 1978, 115-132; G. SCHNEIDER, «ágape», en *Diccionario exegetico del Nuevo Testamento*, vol. I, Sígueme, Salamanca 1996, 24-36.

de la Encíclica no es directamente la explicación de la Escritura o un pasaje de la misma, aunque sea una frase bíblica la que sirve de título. Su propósito es «hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás» (n. 1). La expresión que utiliza el Papa con insistente frecuencia para referirse al contenido de la Biblia es la de «la fe bíblica», que aparece más de una decena de veces a lo largo de la primera parte aplicándola directamente al AT, pero que engloba también el NT.

La «fe bíblica» es la que se deduce de lo que dicen los mismos textos contemplados desde la perspectiva del conjunto de la Biblia y de la fe de la Iglesia. En el trasfondo de la Encíclica aparece con claridad que esa fe bíblica surge de la manifestación de Dios a su pueblo y de la comprensión que éste tiene de su actuar en la historia, una «actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudita» (n. 12). Ello hace que la novedad bíblica no esté «*simplemente en nociones abstractas*» (*ibid.*) sino que se apoya en una historia de actuaciones divinas que culmina «*en la figura misma de Cristo*» (*ibid.*).

La forma en que el Papa emplea la Biblia ofrece aspectos singulares de la misma que conviene notar. Ya al comienzo de la Carta establece que la Biblia presenta precisamente el don del amor de Dios y que éste es la condición para que el hombre conozca y pueda vivir el amor (cfr. nn. 3-8). En este proceso, la Escritura tiene particular relevancia, si bien ciertamente unida a la Tradición, es decir, a la fe, al culto y al *ethos* compenetrados como una sola realidad en la que «*se configura el encuentro con el agapé de Dios*» (n. 14).

En el concepto de «encuentro», utilizado con extraordinaria frecuencia en toda la Encíclica —sobre todo en la Primera parte (más de 15 veces)—, está ciertamente implicado el de Revelación, entendida ésta como la relación entre Dios y el hombre¹⁵. Es ahí donde la Escritura, como acabamos de decir, tiene un papel singular. En primer lugar porque la Escritura nos narra ese encuentro de amor; después porque es un medio por el que Dios sale a nuestro encuentro. Así se deduce de lo que el Papa enseña acerca de la Ley y los Profetas (cfr. nn. 9, 10, 14); pero especialmente en el siguiente párrafo del n. 17: «*En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cfr. 4,10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues “Dios envió al mundo a su Hijo úni-*

15. «La revelación —escribía J. Ratzinger en 1989— es un proceso dinámico entre Dios y el hombre, que sólo se hace nuevamente realidad en el encuentro» (J. RATZINGER, P. BEAUCHAMP ET ALII, *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Palabra, Madrid 2003, 51).

co para que vivamos por medio de él" (1 Jn 4,9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cfr. Jn 14,9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente.

Al recurrir con tanta frecuencia a la Escritura y ponerla como el punto de apoyo para sus enseñanzas, el Papa está suponiendo y mostrando el valor especial de la misma como testimonio de tal amor. Pero no se trata sin más de un testimonio de lo ocurrido en el pasado. La Biblia es la «historia de amor» mediante la cual Dios «sale a nuestro encuentro», ahora, en nuestro tiempo. Sale a nuestro encuentro en el inicio mismo de la fe como explica ya en el n. 1 de la Carta: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna" (cfr. 3,16)».

Se trata del encuentro con el amor de Dios, testimoniado en la Escritura, de tal modo que «ahora el amor ya no es sólo un "mandamiento", sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro» (n. 1). Y también sale a nuestro encuentro continuamente, como dice el Papa cuando exhorta a los responsables de la acción caritativa en la Iglesia: «La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo» (n. 34).

La fe bíblica es por tanto la Palabra dada al hombre de hoy. Una fe que viene ya expresada en la terminología bíblica. Y, si toda la Escritura es el testimonio del verdadero amor, podemos concluir que a ella acudirá preferentemente quien quiera conocer el amor y dar amor: «No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto —como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cfr. Jn 7,37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cfr. Jn 19,34)». Al hablar de «la fe bíblica» Benedicto XVI muestra en la Encíclica cómo, en efecto, «lo más profundo de la Palabra se hace perceptible sólo al superar el nivel de lo meramente escrito»¹⁶.

16. «Discurso del Emmo. y Rvdmo. Cardenal Dr. Joseph Ratzinger», en *Scripta Theologica*, 30 (1998) 391.

La fe bíblica es la que funda realmente la enseñanza del Papa, contraponiendo esa fe a otras formas de entender el amor o de considerar la posibilidad de transformar el mundo. En definitiva, para el Papa, como afirmó siendo todavía cardenal, «*la Escritura, la Palabra que nos ha sido dada como presupuesto, la que está en el centro de la teología, no está aislada por su misma naturaleza, ni es solamente un libro*»¹⁷. La Revelación divina que ha dado lugar a esa fe, y la inspiración con la que se ha expresado en los textos bíblicos, se dan como por supuestas en la Encíclica. En realidad, esa fe no es otra que la que muestra la Palabra misma de Dios en la Escritura: «*Donde nuestro pensamiento fracasa, afirmaba el cardenal Ratzinger en el discurso citado, es enviada la Palabra desde el pensamiento eterno, en la que se esconde un fragmento de su esplendor, tanto cuanto somos capaces de resistir, tanto cuanto la palabra humana puede formular*»¹⁸. A dicha formulación corresponde la «fe bíblica» a la que acude Benedicto XVI como hilo conductor de su enseñanza.

La identificación de la Sagrada Escritura con la Palabra de Dios viene hecha explícitamente en la *conclusión* de la Encíclica al hablar de la Santísima Virgen. Pero ahí hay que notar que se trata de una referencia implícita al AT, y viene a designar en realidad los proyectos de Dios manifestados en la Escritura misma. En este sentido afirma respecto a María que «*la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios*» (n. 41).

Gonzalo ARANDA
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*, 389.